

Guy de Maupassant

Bel Ami



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Bel-Ami*
Traducción: Esther Benítez

Primera edición: 2006
Tercera edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Felix Vallotton: *Felix Jasinski sosteniendo su sombrero* (detalle).
Museo de Arte Ateneum, Helsinki. © Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Herederos de Esther Benítez
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-764-2
Depósito legal: M. 36.053-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Primera parte

Capítulo 1

Cuando la cajera le hubo devuelto el cambio de su moneda de cinco francos, Georges Duroy salió del restaurante.

Como era arrogante, por naturaleza y por hábitos de antiguo suboficial, arqueó el busto, se rizó el bigote con un gesto militar y familiar, y echó a los comensales rezagados una mirada rápida y circular, una de esas miradas de hombre guapo que se extienden como un esparavel.

Las mujeres habían alzado la cabeza hacia él, tres obreritas, una profesora de música de mediana edad, mal peinada, descuidada, tocada con un sombrero siempre polvoriento y vestida con un traje siempre mal ajustado, y dos burguesas con sus maridos, parroquianas de aquel figón a precio fijo.

Cuando se encontró en la acera, permaneció un instante inmóvil, preguntándose qué iba a hacer. Era el 28 de junio y en el bolsillo le quedaban exactamente tres fran-

cos con cuarenta para acabar el mes. Esto representaba dos cenas sin almuerzos, o dos almuerzos sin cenas, a elegir. Calculó que, como las comidas del mediodía eran de un franco con diez, en lugar del franco y medio que costaban las de la noche, si se contentaba con los almuerzos le quedaría un sobrante de un franco con veinte céntimos, lo cual representaba aún dos temtempiés de pan con salchichón, más dos bocks en los cafés del bulevar. Ése era su gran gasto y su gran placer de las noches; y empezó a bajar por la calle de Nuestra Señora de Loreto.

Caminaba igual que en la época en que vestía uniforme de húsares, con el pecho sacado, las piernas un poco entreabiertas, como si acabara de apearse del caballo; y avanzaba brutalmente por la calle llena de público, tropezando con hombros, empujando a la gente para no desviarse de su ruta. Llevaba ligeramente inclinado sobre la oreja un sombrero de copa bastante deslucido, y golpeaba los adoquines con los talones. Tenía el aire de ir desafiando a alguien, a los transeúntes, a las casas, a la ciudad entera, como una gracia de guapo soldado caído en la vida civil.

Aunque vestido con un terno de sesenta francos, conservaba cierta elegancia llamativa, un poco ordinaria pero real. Alto, bien formado, rubio, de un rubio castaño vagamente pelirrojo, con un bigote retorcido, que parecía espuma sobre el labio, ojos azules, claros, horadados por una pequeñísima pupila, cabellos de un rizado natural, separados por una raya en el centro del cráneo, se asemejaba al malo de las novelas populares.

Era uno de esos anocheceres de verano en los que el aire falta en París. La ciudad, caldeada como un baño

turco, parecía sudar en la noche sofocante. Las alcantarillas transpiraban por sus bocas de granito sus alientos infestados, y las cocinas subterráneas echaban a la calle, por sus ventanas bajas, las miasmas infames de las aguas de lavar y de las salsas rancias.

Los porteros, en mangas de camisa, a horcajadas en sillas de enea, fumaban en pipa bajo las puertas cocheras, y los transeúntes marchaban con pasos abrumados, destocados, con el sombrero en la mano.

Cuando Georges Duroy llegó al bulevar se detuvo de nuevo, indeciso sobre lo que iba a hacer. Ahora le daban ganas de llegarse a los Campos Elíseos y a la avenida del Bosque de Boulogne para encontrar un poco de aire fresco bajo los árboles; pero también le atormentaba un deseo, el de un encuentro galante.

¿Cómo se presentaría éste? No lo sabía, aunque lo esperaba desde hacía tres meses, todos los días, todas las noches. A veces, sin embargo, gracias a su linda cara y a su aspecto galano, robaba, aquí o allá, un poco de amor, pero seguía esperando algo más y mejor.

Vacíos los bolsillos y la sangre hirviente, le excitaba el contacto de las busconas que murmuran en las esquinas de las calles: «¿Vienes conmigo, guapo?», pero no se atrevía a seguirlas, al no poderlas pagar; y además, porque esperaba otra cosa, otros besos menos vulgares.

Le gustaban, sin embargo, los lugares rebosantes de mujeres públicas, sus bailes, sus cafés, sus calles; le gustaba codearse con ellas, hablarles, tutearlas, aspirar sus perfumes violentos, sentirse cerca de ellas. Al fin y al cabo eran mujeres, mujeres de amor. No las despreciaba,

en manera alguna, con el desprecio innato de los hombres de orden.

Torció hacia la Magdalena y siguió la ola de la muchedumbre que discurría agotada por el calor. Los grandes cafés, llenos de gente, se desbordaban sobre las aceras, desplegando su público de bebedores bajo la luz resplandeciente y cruda de sus lunas iluminadas. Delante de ellos, sobre veladores cuadrados o redondos, los vasos contenían líquidos rojos, amarillos, verdes, pardos, de todos los tonos; y en el interior de las jarras se veían brillar los gruesos cilindros transparentes de hielo que refrescaban la rica agua clara.

Duroy había aflojado el paso y las ganas de beber le secaban la garganta.

Una sed cálida, una sed de noche de estío lo dominaba, y pensaba en la deliciosa sensación de las bebidas frías corriendo por la garganta. Pero, con sólo que bebiese dos bocks por la noche, adiós a la frugal cena del día siguiente, y conocía ya demasiado las horas de hambre de los fines de mes.

Se dijo: «Tengo que aguantar hasta las diez, y me tomaré mi bock en el “Americano”. Pero ¡maldita sea! ¡Qué sed tengo!». Y miraba a todos aquellos hombres sentados y bebiendo, a todos aquellos hombres que podían apagar su sed como les apeteciera. Caminaba, pasando ante los cafés con aire arrogante y atrevido, y juzgaba con un vistazo, por la cara, por el traje, el dinero que cada consumidor debía de llevar encima. Y lo invadía la cólera contra aquella gente sentada y tranquila. Si se les registraran los bolsillos se hallaría oro, plata, calderilla. Por término medio, cada cual debía de tener al menos

dos luises; serían un centenar por café ¡y cien veces dos luises daban un total de cuatro mil francos! Murmuraba: «¡Qué cerdos!» mientras se contoneaba con gracia. Si hubiera podido agarrar a uno en la esquina de una calle, en la más negra oscuridad, a fe que le retorcería el cuello, sin el menor escrúpulo, como hacía con las gallinas de los campesinos los días de grandes maniobras.

Y se acordaba de sus dos años en África, de la forma en que desollaban a los árabes en los pequeños puestos del Sur. Y una sonrisa cruel y alegre pasó por sus labios ante el recuerdo de una escapatoria que costara la vida a tres hombres de la tribu de los Uled Alán y que les había valido, a sus camaradas y a él, dos carneros y oro, y materia de risa durante seis meses.

Nunca se dio con los culpables, aunque, a decir verdad, tampoco los buscaron mucho, pues el árabe está considerado en parte como la presa natural del soldado.

En París era ya otra cosa. No se podía merodear tan ricamente, con el sable al costado y empuñando el revólver, lejos de la justicia civil, en libertad. Sentía en su corazón todos los instintos del suboficial a quien se da suelta en país conquistado. ¡Cómo echaba de menos sus dos años en el desierto! Pero, ¡vaya!, había esperado algo mejor a su regreso. ¡Y ahora! ¡Ah, sí, buena la había hecho!

Dejaba pasarse la lengua por la boca, con un ligero chasquido, como para comprobar la sequedad del paladar.

La multitud se deslizaba a su alrededor, extenuada y lenta, y él seguía pensando: «¡Atajo de brutos! Todos esos imbéciles tienen dinero en el chaleco». Empujaba a

la gente con el hombro y silbaba alegres canciones. Los hombres atropellados se volvían rezongando; las mujeres proferían: «¡Menudo animal!».

Pasó por delante del Vodevil¹ y se detuvo frente al Café Americano, preguntándose si no debería tomar su bock, tanto lo torturaba la sed. Antes de decidirse, miró la hora en los relojes luminosos del centro de la calzada. Eran las nueve y cuarto. Se conocía: en cuanto tuviera ante sí el vaso lleno de cerveza, lo bebería de un tirón. ¿Y qué haría luego, hasta las once?

Pasó de largo: «Iré hasta la Magdalena –se dijo– y regresaré muy despacito».

Al llegar a la esquina de la plaza de la Ópera se cruzó con un joven grueso, cuya cara recordó vagamente haber visto en alguna parte.

Se puso a seguirlo, buscando en sus recuerdos y repitiendo a media voz: «¿Dónde diablos he conocido a ese individuo?».

Hurgaba en su cabeza sin lograr acordarse; después, de pronto, por un singular fenómeno de memoria, se le representó el mismo hombre, más joven, menos grueso, vestido con uniforme de húsares. Exclamó en voz alta: «¡Claro! ¡Forestier!» y, apretando el paso, dio un toque en el hombro del viandante. El otro se volvió, lo miró y después dijo:

–¿Qué me quiere, señor?

Duroy se echó a reír:

1. El *Théâtre du Vaudeville* se encontraba en el Boulevard des Capucines, haciendo esquina a la calle de la Chaussée d'Antin, cerca de la plaza de la Ópera. Desapareció en 1925, sustituido por un cine. (N. de la T.)

—¿No me reconoces?

—No.

—Georges Duroy, del sexto de húsares.

Forestier le alargó las dos manos.

—¡Ah, hombre! ¿Cómo te va?

—Muy bien, ¿y a ti?

—¡Oh!, a mí, no demasiado; figúrate que ahora tengo un pecho de cristal; me paso la mitad del año tosiendo, de resultas de una bronquitis que pesqué en Bougival, el año de mi regreso a París, hace ahora cuatro.

—¡Vaya! Pues tienes buena pinta, sin embargo.

Y Forestier, cogiendo del brazo a su excamarada, le habló de su enfermedad, le contó las consultas, las opiniones y consejos de los médicos, la dificultad de seguirlos en su situación. Le prescribían que pasara el invierno en el Sur, pero ¿cómo iba a poder? Se había casado, era periodista, estaba en buena posición.

—Dirijo la política en *La Vida Francesa*, hago el Senado en *La Salvación* y, de vez en cuando, crónicas en *El Planeta*². Ahí tienes. Me he abierto camino.

Duroy, sorprendido, lo miraba. Había cambiado mucho, madurado. Ahora tenía una distinción, unos modales, unas ropas de hombre sosegado, seguro de sí, y una barriga de hombre que cena bien. En otros tiempos era delgado, esbelto y flexible, aturdido, pendenciero, albo-

2. Nombres todos de periódicos imaginarios. En el manuscrito, en lugar de *La Planète* aparece *Gil Blas*, donde Maupassant colaboró asiduamente y que fue objeto de una prudente sustitución en la versión definitiva. En adelante traduciré los nombres de las publicaciones imaginarias, dejando en francés, en cambio, los títulos de las reales. (*N. de la T.*)

rotador y siempre estaba en forma. En tres años París había hecho de él alguien muy distinto, grueso y serio, con algunas canas en las sienes, aunque no contara más de veintisiete años.

Forestier preguntó:

—¿A dónde vas?

Duroy respondió:

—A ninguna parte, doy una vuelta antes de irme a casa.

—Bueno. ¿Quieres acompañarme hasta *La Vida Francesa*, donde tengo que corregir unas pruebas? Luego iremos a tomar un bock juntos.

—Te sigo.

Y echaron a andar del brazo, con esa familiaridad fácil que subsiste entre compañeros de colegio y camaradas del regimiento.

—¿Qué haces en París? —dijo Forestier.

Duroy se encogió de hombros.

—Me muero de hambre, simplemente. Una vez que me dieron la licencia, quise venir aquí para... buscar fortuna o, mejor dicho, por vivir en París; y aquí me tienes, empleado desde hace seis meses en las oficinas del ferrocarril del Norte, con mil quinientos francos al año, nada más.

Forestier murmuró:

—¡Caray!, no es gran cosa.

—Ya lo creo. Pero ¿cómo quieres que me las componga? Estoy solo, no conozco a nadie, no puedo valerme de ninguna recomendación. No es buena voluntad lo que falta, sino medios.

Su camarada lo miró de pies a cabeza, como hombre experto que juzga a un sujeto, y después pronunció con tono convencido:

—Mira, jovencito, aquí todo depende del aplomo. Un hombre un poco ladino llega más fácilmente a ministro que a jefe de negociado. Hay que imponerse, y no solicitar. ¿Cómo diablos no has encontrado nada mejor que una plaza de empleado en el Norte?

Duroy replicó:

—Busqué por todas partes, sin descubrir nada. Pero tengo algo a la vista en este momento: me ofrecen entrar de profesor de equitación en el picadero Pellerin. Ahí ganaría por lo menos tres mil francos.

Forestier se paró en seco:

—No hagas eso, es estúpido, cuando tú deberías ganar diez mil francos. Te cierras el futuro de golpe. En tu oficina, al menos, estás escondido, nadie te conoce, puedes salir de ella si eres listo, y abrirte camino. Pero, una vez profesor de equitación, se acabó. Es como si fueras *maître* en un restaurante al que va a cenar todo París. Cuando hayas dado clases de equitación a los hombres de la buena sociedad o a sus hijos, no podrán acostumbrarse a considerarte su igual.

Se calló, reflexionó unos segundos, luego preguntó:

—¿Eres bachiller?

—No. Me suspendieron dos veces.

—No importa, puesto que has seguido los estudios hasta el final. Si se habla de Cicerón o de Tiberio, ¿sabes más o menos qué es eso?

—Sí, más o menos.

—Bueno, nadie sabe más, excepción hecha de una veintena de imbéciles que son incapaces de salir adelante. No es difícil pasar por inteligente; oye, la cuestión está en no dejarse pillar en flagrante delito de ignorancia. Se

maniobra, se sortea la dificultad, se rodea el obstáculo y se apabulla a los demás por medio de un diccionario. Todos los hombres son más tontos que una mata de habas y más ignorantes que las tapias.

Hablaba como un tipo tranquilo que conoce la vida, y sonreía viendo pasar a la multitud. Pero de pronto se puso a toser y se detuvo para que acabase el acceso; después, en tono desalentado:

—¿No es un fastidio no poderse desembarazar de esta bronquitis? ¡Y estamos en pleno verano! ¡Oh! Este invierno iré a curarme a Menton. Caiga quien caiga, a fe mía, la salud ante todo.

Llegaron al bulevar Poissonnière, a una gran puerta vidriera tras la cual había un periódico abierto, pegado por las dos caras. Tres personas se habían detenido a leerlo.

Encima de la puerta se extendía, como una llamada, en grandes letras de fuego dibujadas por llamas de gas: *La Vida Francesa*. Y los paseantes que cruzaban bruscamente por la claridad que arrojaban estas tres palabras resplandecientes, aparecían de repente a plena luz, visibles, claros y netos como a mediodía, para después entrar enseguida en las sombras.

Forestier empujó la puerta:

—Entra —dijo. Duroy entró, subió una escalera lujosa y sucia que se veía entera desde la calle, llegó a una antecámara en la que dos ordenanzas saludaron a su camarada, después se paró en una especie de sala de espera, polvorienta y ajada, tapizada de terciopelo falso de un verde amarillento, salpicado de manchas y apollillado en algunos sitios, como roído de ratones.

—Siéntate —dijo Forestier—, vuelvo en cinco minutos.

Y desapareció por una de las tres puertas que daban a aquel gabinete.

Un olor extraño, especial, inexpresable, el olor de las salas de redacción, flotaba en el lugar. Duroy permanecía inmóvil, un tanto intimidado; sorprendido, sobre todo. De vez en cuando pasaban ante él unos hombres corriendo, que entraban por una puerta y salían por la otra sin darle tiempo a mirarlos.

Eran chicos jóvenes, jovencísimos, de aire atareado y con una hoja de papel en la mano que palpitaba con el viento de su carrera, y también obreros cajistas, cuyo guardapolvo de lienzo manchado de tinta dejaba asomar un cuello de camisa muy blanco y un pantalón de paño parecido al de las personas acomodadas, y llevaban con precaución tiras de papel impreso, pruebas recientes, todavía húmedas. A veces entraba un caballero, vestido con una elegancia demasiado vistosa, con la levita exageradamente entallada en la cintura, la pierna demasiado ceñida bajo la tela, el pie apretado en un zapato demasiado puntiagudo; era un reportero de sociales que traía los ecos de la tarde.

Llegaban también otros, graves, importantes, con chisteras de alas planas, como si esa hechura los distinguiera del resto de los hombres.

Reapareció Forestier llevando del brazo a un joven alto y delgado, entre treinta y cuarenta años, de frac y con corbata blanca, muy moreno, con el bigote retorcido en guías puntiagudas, y que tenía un aire insolente y pagado de sí.

Forestier le dijo:

—Adiós, mi querido maestro.

El otro le estrechó la mano:

–Hasta la vista, querido –y bajó las escaleras silbando, con el bastón bajo el brazo.

Duroy preguntó:

–¿Quién es?

–Es Jacques Rival, ¿sabes?, el famoso cronista, el due-
lista. Acaba de corregir sus pruebas. Garin, Montel y él
son los tres primeros cronistas de actualidad que tene-
mos en París gracias a su ingenio. Rival gana aquí treinta
mil francos al año por dos artículos a la semana.

Cuando se marchaban se encontraron con un hombre
bajo y gordo, de pelo largo y aspecto desaseado, que su-
bía las escaleras resoplando.

Forestier saludó muy quedo:

–Norbert de Varenne –dijo–, el poeta, el autor de *Los
soles muertos*, otro que gana un dínal. Cada cuento
que nos da cuesta trescientos francos, y los más largos no
tienen doscientas líneas. Pero entremos en el «Napolita-
no», empiezo a morir de sed.

En cuanto estuvieron sentados a la mesa del café, Fo-
restier gritó: «Dos bocks», y se tomó el suyo de un solo
trago, mientras Duroy bebía su cerveza a lentos sorbos,
saboreándola y paladeándola, como una cosa preciosa y
rara.

Su compañero callaba, parecía reflexionar, y después,
de pronto:

–¿Por qué no pruebas con el periodismo?

El otro, sorprendido, lo miró; luego dijo:

–Pero... es que... nunca he escrito nada.

–¡Bah! Se prueba, se empieza. Yo podría emplearte
para que me buscaras informaciones, para hacer gestio-

nes y visitas. Ganarías, al principio, doscientos cincuenta francos al mes, más gastos de transporte. ¿Quieres que le hable al director?

–Pues claro que quiero.

–Haz una cosa, entonces: ven a cenar a casa mañana; tengo cinco o seis personas solamente: mi jefe, el señor Walter, su mujer, Jacques Rival y Norbert de Varenne, a quienes acabas de ver, más una amiga de mi mujer. ¿Convenido?

Duroy vacilaba, ruborizándose, perplejo. Murmuró por fin:

–Es que... no tengo ropa adecuada.

Forestier se quedó estupefacto:

–¿No tienes frac? ¡Caray!, pues eso es algo indispensable. En París, mira, vale más no tener cama que no tener un frac.

Después, de pronto, hurgó en el bolsillo del chaleco, sacó unas monedas de oro, cogió dos luisés, los colocó ante su excamarada y, en tono cordial y familiar, dijo:

–Ya me los devolverás cuando puedas. Compra o alquila por un mes, dando algo a cuenta, las prendas que necesites; en fin, arréglatelas, pero ven a cenar a casa, mañana, a las siete y media, al 17 de la calle Fontaine.

Duroy, turbado, recogía el dinero balbuciendo:

–Eres muy amable, te lo agradezco mucho, puedes estar seguro de que no olvidaré...

El otro lo interrumpió:

–Vamos, ya está bien. ¿Otro bock, no? –Y gritó–: ¡Camarero, dos bocks!

Después, cuando los hubieron bebido, el periodista preguntó:

—¿Quieres callejear un rato, durante una hora?

—Claro que sí.

Y echaron a andar de nuevo hacia la Magdalena.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Forestier—. Dicen que en París un paseante ocioso siempre puede entretenerse; pues no es verdad. Yo, cuando quiero pasear por la noche, nunca sé a donde ir. Una vuelta por el Bosque solo es divertida con una mujer, y no siempre se tiene una a mano; los cafés cantantes pueden distraer a mi boticario y a su mujer, pero no a mí. ¿Qué hacer, entonces? Nada. Debería haber aquí un jardín de verano como el parque Monceau, abierto de noche, donde escuchar buena música bebiendo cosas frescas bajo los árboles. No sería un lugar de placer, sino un lugar de paseo; y habría que cobrar cara la entrada, con el fin de atraer a las señoras guapas. Podría uno caminar por las avenidas bien enarenadas, alumbradas con luz eléctrica, y sentarse cuando quisiera para oír la música de cerca o de lejos. En tiempos tuvimos más o menos eso en Musard, aunque con cierto sabor de baile de candil y demasiados bailes de moda, sin bastante amplitud, ni bastante sombra, ni bastante oscuridad. Haría falta un jardín muy bonito, muy espacioso. Sería encantador. ¿A dónde quieres ir?

Duroy, perplejo, no sabía qué decir; por fin se decidió: —No conozco el Folies Bergère. De buena gana me daría una vuelta por allí.

Su compañero exclamó:

—¡El Folies Bergère! ¡Caray! Nos asaremos como en un horno. En fin, vayamos, siempre es divertido.

Y giraron sobre sus talones para encaminarse hacia la calle del Faubourg Montmartre.

La iluminada fachada del establecimiento arrojaba un gran resplandor sobre las cuatro calles que se unían delante de ella. Una hilera de coches de punto esperaba la salida.

Forestier iba a entrar, Duroy lo detuvo:

–Se nos olvida pasar por taquilla.

El otro contestó con tono importante:

–Conmigo no se paga.

Cuando se acercó a la entrada, los tres porteros lo saludaron. El del medio le alargó la mano. El periodista preguntó:

–¿Tienes un buen palco?

–Claro que sí, señor Forestier.

Éste cogió el cupón que le tendían, empujó la puerta acolchada de hojas de cuero, y se encontraron en la sala.

Un vapor de tabaco velaba un tanto, a modo de finísima niebla, las zonas alejadas, el escenario y el otro lado del teatro. Y elevándose sin cesar, en finos hilillos blancuecinos, de todos los cigarros y de todos los cigarrillos que fumaba toda aquella gente, esa bruma ligera seguía subiendo, se acumulaba en el techo y formaba, bajo la ancha cúpula, alrededor de la araña, por encima de la galería del primero, cuajada de espectadores, un cielo nublado de humo.

En el vasto pasillo de entrada que conduce al paseo circular, donde merodea la tribu engalanada de las chicas, mezclada con la oscura multitud de los hombres, un grupo de mujeres esperaba a los que llegaban delante de uno de los tres mostradores donde reinaban, pintadas y marchitas, tres vendedoras de bebidas y de amor.